



# Poesía

MAR ADENTRO

Julio Germán Trujillo Rodríguez\*

I

**A**rrebatado y ciego,  
el mar labra en la piedra  
un grito  
aislado.

La aplasta con el yunque  
de su aliento,  
mengua sus bordes  
altivos,  
la abraza embrutecido  
y la somete.

La piedra se doblega:  
—ella y su verdad  
definitiva,  
ella y sus círculos  
rebeldes,

\* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

ella,  
que sueña con aeroplanos  
y saetas—  
no es más que una mansa oblea.

El mar no sabe que fustiga.  
Monta en su blanca cólera  
hermoso e ignorante  
y arremete:  
hace saltar en mil pedazos  
el cuerpo amortajado  
de una nuez,  
trilla un velero,  
allana el imperio de la piedra,  
la humilla.  
Pero no sabe.

Mar adentro,  
el mar se bate con el mar.  
Rompe sus olas  
en la espalda de sus olas,  
derriba sus crecientes,  
se repite,  
no soporta la condena  
de su ciclo:  
no soporta la ausencia  
de la piedra.

El mar clama un continente.  
Anda buscando sus contornos.  
Urge desembocar  
sus lóbregas arterias,  
mirarse de perfil,  
ceñirse un cinturón  
de arena.  
Sueña también:  
sueña en la forma.

II

Cuando la noche abre las fauces  
y deja aparecer su abismo  
vigilante;  
cuando el silencio  
impone su cobija  
y se divulga;  
cuando madura en el pecho  
un presagio meridiano  
y de la noche  
se descuelga  
ella  
—ópalo súbito—  
envanecida y franca:  
cuando la luna enciende  
sus dominios,  
eriza su lomo el mar,  
se crispa.

¡Celebración y arrobó!  
¡Luna en astillas  
sobre la selva de agua!  
El mar erige monumentos instantáneos,  
exhibe su lenta corpulencia,  
busca la altura,  
se infla,  
suelta las riendas de su sangre  
y embiste una rodaja de aire.

La luna siembra una falange.  
Levanta olas elásticas,  
osadas, arrogantes;  
olas como suspiro profundo,  
olas con el orgullo desenvuelto,  
olas con cuello de ave  
y pecho de volcán.

Rabiosa gala del mar  
para trenzar la zarabanda,



para imponerse de espuma su corona.  
¡Qué fasto que estrena tantas olas!  
¡Qué pródigo cortejo!  
¡Qué afán de provocarle al astro  
un segundo de rubor!

(Algo en el mar  
siempre está ardiendo.  
Se desarrolla su mudo incendio:  
arde,  
despliega su lascivia  
y se le arroja a un barco;  
arde su piel de estaño:  
se ha convertido  
en un espejo amotinado;  
arde cuando la fusta  
de la lluvia  
lo castiga;  
arde cuando se enfrenta  
a la oquedad inmensa  
de lo manso;  
le arden sus trópicos  
y sus costados;  
arde porque el crepúsculo  
lo enciende:  
la última brasa se está ahogando.)

III

**P**ara surcar el mar,  
para arrojarnos a su centro  
en busca de la llaga  
—origen de su ira  
y de su rosa en llamas—;  
para cundir en él,  
en su molienda,  
sus huesos rotos,  
su mundo a tientas,  
su garganta marchita;  
para seguir la urdimbre  
de uno sólo de sus raptos,  
hace falta la sangre más robusta  
y la sabiduría del faro milenario.

